ANTONIO MACHADO, EXÉGETA DEL GUADALQUIVIR

Por algo insólito e insospechado, por un curioso acontecimiento fluvial que conmovió a Sevilla, podemos decir, abiertamente, que el alma poética del profundo y universal Antonio Machado se engendró y nació una tarde de sol sevillana, a orillas del lírico Guadalquivir.

Estamos en Sevilla; en el último cuarto del siglo XIX, es una tarde clara de primavera. No hay ni una nube bajo el cielo terso, y el sol rebrilla fuerte y esplendoroso sobre la blanca ciudad de la Giralda, reventando reflejos cegadores contra la cal, los azulejos y las aguas tranquilas y onduladas del gran río.

«El Guadalquivir –escribe el novelista M. García Viñó[1]–, en esta tarde de primavera con la que ahora soñamos, está siendo muy visitado. Por todas las calles que dan a sus márgenes, fluye una multitud de personas, que vienen de los más apartados rincones de la ciudad: bellas damiselas que, al correr con sus piececitos menudos, mueven el polisón, como si fuese la cola de un pajarillo travieso... Elegantes caballeros de ceñida levita y flor en el ojal... En los rostros de todos se dibuja una sonrisa de agradecimiento al destino por la improvisada fiesta. Pero ¿que ha ocurrido? Pues, sencillamente, que unos delfines, equivocando su camino y a favor de marea, se han adentrado por el Guadalquivir, llegando hasta Sevilla, al pie mismo de la Torre del Oro.

«En torno a ésta –continúa G. Viñó–, se agrupa la alborozada juventud, que contempla a los extraños visitantes, como si se tratase de pacíficos ánades de un

---

[1] GARCÍA VIÑÓ, M., «El paisaje poético de A. Machado». *Archivo Hispalense*. Sevilla. 1956, n.º 77.

estanque de parque provinciano. Entre ellas, se encuentra Ana Ruiz. Entre ellos, Antonio Machado y Álvarez. Ambos han dejado de contemplar a los delfines para mirarse mutuamente. Es la primera vez que se ven, *pero es como si se hubiesen visto siempre, como si siempre se hubiesen amado.*

«Muchos años después –concluye el novelista sevillano–, un hijo de esta pareja, gran poeta ya y gran hombre –Antonio Machado Ruiz–, diría refiriéndose a esta insólita visita de los delfines, que era un importante acontecimiento de su vida, pese a ser anterior a su nacimiento. Y tan importante. Pues si bien fue algunos años después, el 26 de julio de 1875, cuando nació Antonio Machado hombre, fue en la *tarde de sol* sevillana, a orillas del Guadalquivir, cuando, en aquella mirada, en aquella verdadera cópula espiritual de los dos jóvenes enamorados, se engendró el alma del poeta. El alma de un poeta nacida entre reflejos de sol y estelas de delfines, entre naranjos y acacias, en la apacible serenidad de un paisaje sevillano».

El propio poeta, pasados los años, nos contaría por boca de ese castizo personaje creado por él mismo, con el seudónimo de Juan de Mairena, este extraordinario suceso:

«Otro acontecimiento también importante de mi vida es anterior a mi nacimiento. Y fue que unos delfines, equivocando su camino, y a favor, de la marea, se habían adentrado por el Guadalquivir, llegando hasta Sevilla. De toda la ciudad acudió mucha gente, atraída por el insólito espectáculo, a la orilla del río; damitas y galanes, entre ellos los que fueron mis padres, que allí se vieron por vez primera. Fue una tarde sol, que yo he creído, o he soñado, recordar alguna vez».

Como Bécquer, el otro poeta sevillano universal, Machado, de niño, cada atardecer, salía de la Casa o Palacio de las Dueñas –entonces, casa de vecindad–, donde había nacido, y se iba al río de Sevilla, al Guadalquivir, para llenarse y embeberse de esa luz purísima y misteriosa que es la poesía –la verdadera y profunda poesía–, que luego, en Madrid, París, Soria, Baeza y Colliure –su última y eterna morada–, había de conmoverle la vida.

También Machado, como el poeta de las *Rimas* y las *Leyendas,* soñaba en su primera juventud, ser marino; así lo afirmó, posteriormente, en su magistral poema A. Julio Castro, cuando dice:

Desde las altas tierras donde nace
un largo río de la triste Iberia,
del ancho promontorio de Occidente
–vasta lira, hacia el mar, de sol y piedra–,
con el milagro de tu verso, he visto
mi infancia marinera,
que yo también, de niño, ser quería
pastor de olas, capitán de estrellas.

La vida de Antonio Machado, como su propia obra, fluctúa entre dos paisajes distintos, pero afines, atravesados por sendos ríos, el Duero y el Guadalquivir; dos ríos de honda trascendencia histórico-literaria para España; dos ríos diferentes –el Duero, adusto y guerrero; el Guadalquivir, lírico y apacible–, pero que tienen la particularidad de haber elevado el espíritu sensible del gran poeta de España, que ha sabido cantarlos –a ellos y a sus paisajes–, con el mismo lirismo, la misma nostalgia y el mismo profundo sentimiento poético, habiendo sabido, magistralmente, no sólo fundirse, sino identificarse íntima y espiritualmente con ellos.

Indudablemente, ya que Machado fue un poeta andaluz trasplantado a tierras de Castilla, dedicó más poemas al Duero que al Guadalquivir, ya que en aquellas pardas tierras castellanas vivió más tiempo que en las luminosas tierras andaluzas; ya que en ellas sintió sus primeras impresiones y conmociones espirituales y anímicas, y en ellas, indudablemente, escribió la mayor parte de su obra poética; sin embargo, en 1912, viudo ya, y embargado por el dolor, cuando pide el traslado, como catedrático de francés, al Instituto Técnico de Baeza, aunque se siente extranjero en los campos de su tierra, no obstante, llega a descubrir el paisaje y el ambiente alegre y encendido de Andalucía, y es entonces cuando brotan de su pluma, un tanto agria y filosófica, aunque plena de lirismo y sensibilidad, los poemas más bellos y acertados que le hayan dedicado a la Andalucía que baña el Guadalquivir, desde aquellos geniales que ya lucen e ilustran a las ya obras antológicas de nuestros mejores poetas del Siglo de Oro.

El primer machadiano, dedicado al Guadalquivir, no aparece aún ni en sus *Obras completas* ni en las modernas antologías; es un romance irregular, escrito

en versos endecasílabos y heptasílabos, con acentos en las sílabas quinta y décima; segunda y sexta, y fue publicado en 1903, en la revista madrileña *Helios;* en donde colaboraban las mejores firmas del momento; muchas serían figuras destacadas de la llamada *Generación del 98,* como Miguel de Unamuno, Ramón Pérez de Ayala, Francisco Navarro Ledesma, Antonio y Manuel Machado, Jacinto Benavente, Ángel Ganivet, Juan Ramón Jiménez y Gregorio Martínez Sierra. entre otros.

«Antonio Machado –afirma su mejor biógrafo, Miguel Pérez Ferrero[2]–, trabaja bastante para *Helios* o, al menos, dedica buena parte de los poemas que va componiendo a la flamante publicación. A lo largo de las salidas, va dejando en ellas: *El poeta visita la casa donde nació; El poeta recuerda a una mujer desde el puente del Guadalquivir;* El poeta encuentra esta nota en su cartera. Y estas palabras inconexas: *Tristezas; Galerías...* Manuel Machado también colabora».

Interesantísimo sería hacer un profundo estudio sobre esta importante revista literaria, que fue una *realización perfecta,* en su género, al decir de M. Pérez Ferrero, que lanzó a tantos creadores y poetas y que durante cierto tiempo marcó los rumbos de la cultura española.

El poema de Machado en *Helios,* lleva, como ya hemos apuntado, el atrayente título, *El poeta recuerda a una mujer desde un puente del Guadalquivir.* y posee impreso ese vago sentimiento amoroso andaluz y romántico, con una marcada influencia becqueriana[3]:

Sobre la clara estrella del ocaso
como un alfanje, plateada, brilla
la luna en el crepúsculo de rosa
y en el fondo del agua ensombrecida.
El río lleva un rumoroso acento
de sombra cristalina
bajo el puente de piedra, ¡Lento el río,

---

[2] PÉREZ FERRERO, M., *Vida de Antonio Machado y Manuel,* Madrid, 1973.

[3] Revista *Helios,* n.° IV, Madrid, julio, 1973.

que me canta su nombre, el alma mía
quiere arrojar a tu corriente pura
la ramita más tierna y más florida,
que encienda primavera
en los verdes almendros de tu orilla!
Quiero verla caer, seguir, perderse
sobre tus ondas limpias.
Y he de llorar... Mi corazón contigo
flotará en tus rizadas lejanías.
¡Oh, tarde como aquella, y río lento
de sombra cristalina!...
Sobre la clara estrella del ocaso
la argéntea luna brilla.

El año 1913, el poeta, una breve pasada, vuelve por Sevilla. Algo le detuvo, siquiera fuese unas horas, en el alegre pueblo sevillano de Lora del Río, deslumbrante de cal y de sol, que abre las puertas de la Sierra Morena sin separarse de las orillas del Guadalquivir perezoso con márgenes de olivos y palmeras, de naranjos y adelfas florecidas. ¡El río en Lora! Cuán diferente de aquél otro de ásperas riberas que durante años intensos había de presidir la vida del poeta. Quizás, este contraste entre el río de su recuerdo y el que ahora vuelve a contemplar –a cuyas orillas, pese a todo, él mismo ha nacido–, le hiciera escribir el bello poema, que comienza *En estos campos de la tierra mía,* a cuyo pie figura el lugar y la fecha donde fue escrito: «Lora del Río, 4 de abril de 1913».

Sugestivo y profundo es este poema, definitorio del nuevo rumbo poético de Machado, donde se aclara su tan discutido e incluso negado andalucismo. En esta composición da el poeta una extraordinaria y panorámica visión de Andalucía; y en él, aunque el poeta declara su impotencia para cantar lo que quisiera y considerándose extranjero en su tierra.

En estos campos de la tierra mía,
y extranjero en los campos de mi tierra

–yo tuve patria donde corre el Duero...
.....
en estos campos de mi Andalucía,
¡Oh tierra en que nací!, cantar quisiera.

Sin embargo, nos ha dejado una clara impresión de Andalucía, de las Andalucías –como bien ha escrito el poeta Luis Jiménez Martos–, fiel al arte objetivo en que fiaba. La Andalucía de Antonio Machado se vierte en apuntes que valen por composiciones en muchos versos. El campo de Baeza, el Guadalquivir –sintetizado inolvidablemente su curso, Sierra Morena, la vida en el pueblo... Y más: Sevilla:

Esta luz de Sevilla... Es el palacio
donde nací, con su rumor de fuente...

Córdoba, en un precioso adjetivo, *labradora;* la noche de Málaga; Granada en la elegía a Federico García Lorca.

Machado, aunque trasplantado a Castilla, no era tipo de esta tierra; por eso. a partir de su etapa en Baeza, donde experimenta la necesidad de su campo, se imbuye del espíritu y la visión de Andalucía, más de la Alta que de la Baja, surgiendo en él un sentimiento regionalista, sureño, andaluz; y es en este año, cuando los elementos que anteriormente había empleado en su obra –las encinas, los alcornoques, las pardas gentes castellanas–, son sustituidos ahora por huertos. patios de mármol, cipreses, limoneros y, singularmente, por una viva y directa alusión al Guadalquivir, el río andaluz que fue su refugio y consuelo en el momento en que huía del dolor.

Así aparece un Machado andalucista íntimo, o como diría Sáinz de Robles. *recatado,* «patético, carne viva del anhelo, pozo hondísimo de la emoción, delicadísimo aroma de las soledades y eco conmovido de los silencios: un andalucismo cuyo valor es consonante con el neto de Castilla».

---

[4] JIMÉNEZ MARTOS, L., «Antonio Machado y Andalucía». *ABC,* de Sevilla.

El poeta siempre guardó, o mejor, conservó, en su subconsciente la pura emoción de esa Andalucía pura, donde ha nacido: de esa Baja Andalucía –que él, clara y netamente, diferencia de la Alta–, agitada continuamente por una inquietud romántica; esta Andalucía le ciega, o como afirma Pérez Ferrero, «le aturde con sus centelleos deslumbrantes», porque, pese a trasiegos y vaivenes, se manifiesta apenas el alma es sacudida por algunas de aquellas remotas vibraciones de la infancia. Ha bastado simplemente al poeta un contacto fugaz con este pueblo sureño, bajoandaluz, Lora del Río, tan representativo de la Andalucía de hace medio siglo, para que todo aquel borroso conjunto de visiones y recuerdos perdidos entre las vueltas del subconsciente salte a primer plano para hacerse luminosa realidad en el poema:

Tengo recuerdos de mi infancia, tengo
imágenes de luz y de palmeras,
y en una gloria de oro,
de lueñes campanarios con cigüeñas,
de ciudades con calles sin mujeres
bajo un cielo de añil, plazas desiertas
donde crecen naranjos encendidos
con sus frutas redondas y bermejas:
y en un huerto sombrío, el limonero
de ramas polvorientas
y pálidos limones amarillos
que el agua clara de la fuente espeja,
un aroma de nardos y claveles
y un fuerte olor de albahaca y hierbabuena,
imágenes de grises olivares
bajo un tórrido sol que aturde y ciega,
y azules y dispersas serranías
con arreboles de una tarde inmensa...

Este es ya el verdadero y profundo Antonio Machado: el poeta se ha encontrado a sí mismo, al contacto directo con el paisaje del sur, bañado por el

milenario Guadalquivir; y con él, se identifica plenamente, Antonio Machado ha descubierto personal y poéticamente Andalucía.

En 1912, encontramos ya a Machado en Baeza, como profesor de su instituto; él mismo nos lo confirma:

Heme aquí ya, profesor
de lenguas vivas (ayer
maestro de gay-saber),
aprendiz de ruiseñor
en un pueblo húmedo y frío,
destartalado y sombrío,
entre andaluz y manchego...

El poeta, cuando llega a esta ciudad andaluza, cuenta treinta y siete años; viene huyendo de Soria, testigo mudo, primero, de sus amores y alegrías, y, después de su pena y de su dolor insondable, por la muerte de Leonor. Siete años pasó Machado en Baeza; siete años de enorme soledad y meditación, en los que se consolida definitivamente su personalidad poético-filosófica; siete años en los que lee y escribe intensamente: siete años en los que afianza su amistad con Unamuno; siete años, en los que fragua y consolida su vocación filosófica, naciendo el autor de los *Proverbios, Cantares y Parábolas,* y lo que es más importante, engendrándose el futuro autor sentencioso y certero de *Juan de Mairena* y *Abel Martín;* siete años, finalmente, en los que Machado produce lo mejor, lo más intenso, lo más trascendente de su obra, cual esa espléndida serie de poemas de preocupación por el destino de España. «El drama de España –como bien escribió el poeta José Luis Cano–, la lucha entre la España que muere –la intolerante y reaccionaria España– y la España que nace –la España progresista, la España del futuro–, está reflejada con enérgico acento en cada uno de estos magníficos poemas».

Soberbio, emocionante, magistral es su poema «Del mañana efímero», escrito en 1913, donde el poeta da su visión de una España nueva, implacable y redentora:

Mas otra España nace.
La España del cincel y de la maza,
con esa eterna juventud que se hace
del pasado macizo de la raza.
Una España implacable y redentora,
España que alborea
con un hacha en la mano vengadora,
España de la rabia y de la idea.

En Baeza, se forma la conciencia nacional de Machado; y, aunque no abandona la sobriedad, sus poemas se hacen más tiernos, más humanos, con una expresión más suave, amable y melancólica. Baeza cambió el rumbo del poeta; aquí, encontró la paz espiritual que su espíritu ansiaba; por las tardes, en compañía de *su dulce soledad,* misterioso y silencioso, camina a las murallas de la ciudad; se sienta al pie de la Cruz de Baqueta, y desde allí, sueña y medita, y pasa las horas contemplando el maravilloso paisaje, abarcando con su mirada, los montes de Jaén y las sierras de Cazorla, la sierra de Baeza, el Aznaitín y Mágina; y allá en la lontananza, el Guadalquivir, magnificiente y bellísimo, que aún lleva en sus aguas la claridad sonora y limpia de sus fuentes y cascadas, y que serpea por el valle en amplias curvas de ballesta; y el poeta, con voz pura, casi truncada por el dolor, veía de este modo al gran río:

...Por el fondo
del valle el río el agua turbia lleva,
Tiene Cazorla nieve,
y Mágina, tormenta;
su montera, Aznaitín. Hacia Granada
montes con sol, montes de sol y piedra,

y aún más, ensimismado en la contemplación de este poético río, exclamaría:

Quién se quedara hecho torre,
cerca del Guadalquivir.

ya que el poeta, absorto ante el río, traía a su mente esa dulce y amorosa memoria de aquel otro río, adusto y guerrero, de antiguas y fuertes resonancias medievales –el Duero–, que le recordaba la figura delicada, menuda y entrañable de Leonor.

Tal vez, el primer poema que Machado concibió en Baeza es el titulado «Caminos», escrito, quizás, en noviembre de 1912, ya que se publicó por vez primera en *La Lectura*, en mayo de 1913. En este poema, da Machado la original impresión del paisaje baezano, antes de conocer a fondo el pueblo y su ambiente. El poeta sale de la ciudad, por el paseo de las Murallas, silenciosas y decrépitas. y contempla el paisaje del valle del Guadalquivir, que tantas veces volverá a asomarse a su poesía. La vista sobre el valle es impresionante y el poeta, *a solas con su sombra y con su pena,* desde lo alto del paseo, situado tras de las pétreas murallas de la moruna Baeza, en aquella *tarde silenciosa,* de una manera exacta y asombrosamente conseguida, va describiendo el Guadalquivir, y observa que

El río va corriendo
entre sombrías huertas
y grises olivares,
por los alegres campos de Baeza.

Tienen las vides pámpanos dorados
sobre las rojas cepas,
Guadalquivir, como un alfanje roto
y disperso, reluce y espejea.

Lejos, los montes duermen
envueltos en la niebla,
niebla de otoño, maternal; descansan
las rudas moles de su ser de piedra
en esta tibia tarde de noviembre,
tarde piadosa, cárdena y violeta...

Es impresionante leer y releer este profundo poema en lo alto del Paseo y observar cómo, efectivamente, «el río va corriendo, / entre sombrías huertas / y grises olivares...» y cómo «reluce y espejea, como un alfanje roto...»; y allá, al

fondo, el fértil valle del Guadalquivir, los altos montes nevados de las sierras de Cazorla, Aznaitín y Mágina, que forman la otra pared del valle, lejanas y nebulosas: «Lejos, los montes duermen / envueltos en la niebla».

¡Cuánta poesía machadiana sabrá la Cruz de Baqueta! Así se lo pregunta José Chamorro Lozano[5], con acento lirismo: «¡Quién pudiera desvelar ese mudo secreto que has guardado para los siglos! Allá, sentado el poeta con su bastón moviendo la tierra del paseo y haciendo caprichosos dibujos en los que el nombre de su amada alguna vez era trenzado. Allí se ha forjado una nueva poesía, la que estaba dentro del andaluz soterrado que ahora vibra al contacto con el sol, con la tierra jugosa, con la brisa sutil de las atardecidas primaverales cargada de aromas de las sierras que festonean con sus altas crestecías el inmenso paisaje. Por allí serpentean los *caminos blancos, los olivos grises, los altos llanos*. Allí había de cantar con su entusiasmo y su gozo estético con aquellos versos:

Desde mi ventana
¡Campo de Baeza
a la luna clara!

¡Montes de Cazorla
Aznaitín y Mágina!

¿De luna y de piedra
también los cachorros
de Sierra Morena?

Alguna vez se acordará de aquellas horas serenas, de aquel balsámico ambiente que con su equilibrio tanto bien hizo a su corazón y a su alma:

¡Campo de Baeza,
soñaré contigo
cuando no te vea!

---

[5] CHAMORRO LOZANO, J. «Los Machado y el Guadalquivir», *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*, Año VI, núm. 26.

En la composición titulada «Noviembre, 1913». Machado vuelve de nuevo a evocar el paisaje de Baeza y de su río, y sube, nuevamente, ansioso, por el paseo de las Murallas, para absorberse en su contemplación. Ha pasado *un año más,* dice el poeta, desde que escribió su anterior composición; sí, ha pasado un año más, y él aún se siente embargado por el dolor que le produjo la muerte de su esposa, y contempla el valle del Guadalquivir, con sus campos de siembras y olivares, y lo ve, con gran sentimiento, teñido de tristeza; incluso, hasta el Guadalquivir, allá serpenteante, en el fondo, lleva sus aguas turbias y cenicientas. Es el prisma del dolor, que Machado nos lo dice, nos lo manifiesta, a través de las cosas:

NOVIEMBRE, 1913

Un año más. El sembrador va echando
la semilla en los surcos de la tierra.
Dos lentas yuntas aran,
mientras que pasan las nubes cenicientas
ensombreciendo el campo,
las pardas sementeras,
los grises olivares. Por el fondo
del valle el río el agua turbia lleva.
Tiene Cazorla nieve,
y Mágina tormenta,
su montera, Aznaitín. Hacia Granada,
montes con sol, montes de sol y piedra.

Pero el tiempo, que todo lo borra, va amortiguando el fuerte dolor del poeta, que se va adaptando ya al alegre y colorista paisaje andaluz, en el que vive inmerso, contrastado con el recio y severo paisaje castellano.

Nota curiosa y poco conocida es la circunstancia en que Antonio Machado y Federico García Lorca se conocieron; fue, precisamente en Baeza, el año 1916, a donde fueron de excursión los estudiantes de Letras de la Universidad de Granada. El peripatético profesor, don Martín Domínguez Berrueta, catedrático

de Teoría de las Artes y amigo de Machado, le presentó a su alumno preferido, Federico García Lorca, diciéndole: «Es hijo de don Federico, el de Granada, y tiene muy buena disposición para la música. Falla le ha enseñado lo que sabe».

Y Federico García Lorca le dijo a don Antonio: «A mí me gustan la música y la poesía».

Hubo velada, con ribetes literarios, para agasajar a los excursionistas. Antonio Machado leyó «La Tierra de Alvargonzález», publicada en su reciente libro *Campos de Castilla,* y Lorca tocó al piano, la «Danza de la vida breve», de su maestro Falla, y, después, aires del folklore español. Solamente la muerte desgraciada del *cantor de los gitanos* rompió la amistad de estos dos geniales poetas...

En la primavera de 1915, Antonio Machado, en compañía de varios amigos, realiza su primera excursión, memorable, al nacimiento del Guadalquivir. Iba, como él mismo nos dice, en

... carricoche lento
al paso de dos pencos matalones...

Seguramente, el interesante poema que comienza *A dos leguas de Úbeda...,* inserto en sus *Poesías Completas* con el número romano II, y a continuación del dedicado a «Los olivos»[6] está escrito este año, tal vez el mismo día que el poeta hizo su excursión a la sierra de Cazorla, para contemplar las fuentes del Guadalquivir. Desde Baeza, pasando por Úbeda, llegan a Torreperogil; divisan el Convento de la Misericordia, con «¡Los blancos muros, los cipreses negros!», y después, entre olivares y olivares, carretera adelante, hacia Peal de Becerro, de *campos ubérrimos;* allí, en plena Sierra de Cazorla, fecha el 28 de mayo de 1915, un delicado poema, de título juanramoniano aunque de acento muy personal, titulado «Mariposa de la Sierra», y que dedica al poeta de Moguer, con motivo de la publicación y éxito de su reciente libro *Platero y yo;* tan bello es este poema, que no nos resistimos a insertarlo:

---

[6] *Poesías completas*, Espasa-Calpe, S. A. Madrid, 1928.

MARIPOSA DE LA SIERRA

A Juan Ramón Jiménez, por su libro
Platero y yo.

¿No eres tú, mariposa
el alma de estas sierras solitarias,
de sus barrancos hondos
y de sus cumbres agrias?
Para que tú nacieras,
con tu varita mágica
a las tormentas de la piedra, un día,
mandó callar un hada,
y encadenó los montes
para que tú volaras.
Anaranjada y negra,
morenita y dorada,
mariposa montés, sobre el romero
plegadas las alillas, o voltarias,
jugando con el sol, o sobre un rayo
de sol crucificadas.
¡Mariposa montés y campesina,
mariposa serrana,
nadie ha pintado tu color; tú vives
tu color y tus alas
en el aire, en el sol, sobre el romero,
tan libre, tan salada!...
Que Juan Ramón Jiménez
pulse por ti su lira franciscana.

Sierra de Cazorla, 28 de mayo de 1915.

Mucho gustaba a Machado contemplar el maravilloso paisaje del valle del Guadalquivir, desde el ya mencionado paseo de las Murallas; y también, el im-

presionante que se divisa desde el lado contrario: desde lo alto de los puertos, desde donde aparece el valle del Guadalquivir, cubierto de verdes y grisáceos olivares, y bordeado el extremo opuesto por la loma de Úbeda, largo promontorio que cierra el valle, con las ciudades de Baeza, Úbeda y Torreperogil en lo alto.

«Y termina el otro lado de los puertos –como acertadamente han escrito A. Navarrete y F. Lapuerta[7]–, el valle hondo y estrecho del Guadalquivir, niño, entre apretadas sierras de pinos. El río discurre hacia el norte, desde su nacimiento en término de Quesada, por este primer valle de pinares; da un giro de 180 grados en el tranco de Beas y vuelve hacia el Sur por el valle ancho de Úbeda y Baeza».

Machado, que durante su estancia en Soria, también, había hecho una excursión al nacimiento del Duero, se encuentra ahora en esta Sierra andaluza cuyo parecido con la castellana le resulta familiar, y se siente identificado con ambos ríos:

Soria de montes azules
y de yermos de violeta,
¡Cuántas veces te he soñado
en esta florida vega,
por donde se va,
entre naranjos de oro
Guadalquivir a la mar!

Años más tarde, en 1917, realiza Machado una nueva excursión al nacimiento del Guadalquivir. Con la visita de su hermano Joaquín, pintor, y animados por don Cristóbal Torres, abogado y amigo del poeta en Baeza, se deciden ir a las fuentes del gran río; a esta expedición se agregan el farmacéutico don Adolfo Almazán, en cuya rebotica se reunía Machado, en amena tertulia; la expedición va de Baeza a Úbeda, y de allí, a Cazorla en una vieja tartana, que abandonan para subir a donde nace ese ilustre río, *gran rey de Andalucía,* según la expresión de Góngora. El poeta hace la ascensión profundamente emocionado,

---

[7] LAPUERTA. E. y NAVARRETE. A., *Baeza y Machado*. Col. «Siglo Ilustrados», Madrid, 1969.

tal vez recordando la excursión anterior, o las que hiciera a los montes de Soria, para contemplar el Duero. En Peal de Becerro se les agrega otro excursionista: un juvenil discípulo del curso de francés de don Antonio; admirador precoz del poeta, y aprendiz de poeta él mismo; era Rafael Laínez Alcalá.

Estas tierras pródigas y olivareras son vigorosamente descritas por Machado:

Seguimos. Olivares. Los olivos
están en flor. El carricoche lento
al paso de dos pencos matalones,
camina hacia Peal. Campos ubérrimos.

Llegan los excursionistas al Santuario de Tíscar, donde escribió el poeta una hermosa composición a la Sierra de Quesada y a su Virgen, que, actualmente, podemos leer esculpida en una roca del Santuario.

Ya en las fuentes del gran río, les sorprendió una tormenta, aunque hallaron abrigo en un refugio cercano que pertenecía a los ingenieros. «Así vive inmerso el poeta –como afirma Pérez Ferrero[8]–, en el paisaje andaluz, cuando no está inmerso en las abstracciones filosóficas de los libros que llevan a su ánimo la calma. Pero experimenta que la asimilación emocional de la Naturaleza viva, que se le ofrece, apenas se produce en su sensibilidad poética. Los recuerdos constituyen, todavía, la determinante de su estro».

Años más tarde, y en recuerdo de esta excursión, un tanto accidentada, escribirá el poeta estas bellísimas y certeras soleares, insertadas en sus *Obras Completas,* en la sección de «Proverbios y Cantares», con el número romano LXXXVII, y rezan así:

¡Oh Guadalquivir!
Te vi en Cazorla nacer;
hoy, en Sanlúcar morir.

[8] *Op. cit.*

Un borbollón de agua clara
debajo de un pino verde,
eras tú, ¡qué bien sonabas!

Como yo, cerca del mar,
río de barro salobre,
¿sueñas con tu manantial?

El nacimiento del Guadalquivir, en plena sierra –seguimos a Antonio Navarrete y Francisco Lapuerta[9]– está situado en un agrío paraje, al pie del pico del Cabañas, el más alto de la Sierra, con 2.036 metros sobre el nivel del mar. Es una hondonada donde brota, literariamente, *un borbotón de agua clara,* junto a unos pinos añosos, diseminados en las riberas del río.

El lugar está exactamente descrito. Pero la intención de Machado va mucho más allá de la simple descripción de un paisaje. El poeta está, a la vez, contemplando el río en su desembocadura, esto es, en su muerte, y recuerda su nacimiento. El contraste entre el *borbollón de agua clara* del río recién nacido y el *río de barro salobre,* cerca de la muerte, se enlaza con la imagen de Jorge Manrique:

Nuestras vidas son los ríos
que van a dar a la mar
que es el morir...

Antonio Machado, devoto ferviente del poeta de Paredes de Nava, da por supuesta esta clásica metáfora manriqueña, que él tantas veces utiliza, y piensa en su nacimiento y en su infancia, ya lejanas, *–como yo cerca del mar–,* diría el poeta, y se sienten cerca del océano de su vida, cerca de su muerte; igual que cuando define al Guadalquivir como río *de barro salobre,* que con la misma propiedad gramatical puede referirse al río y al poeta; porque el poeta y el río son una misma cosa.

Es muy frecuente en Machado el empleo de la metáfora del mar como el fin de la vida: la muerte, ya que, como es sabido, el poeta asimiló clara y defini-

[9] *Op. cit.*

tivamente la idea ultraterrena de Jorge Manrique, del que en su poema «Glosa», incluido en el libro *Soledades,* dijo que

Entre los poetas míos
tiene Manrique un altar.

Baste citar estos tres versos de Machado, típicamente manriqueños, para darnos una certera idea de esta asimilación entre poetas:

Como tus largos ríos, Castilla, hacia el mar...

La vida baja como un ancho río...

Donde acaba el pobre río la inmensa mar nos espera...

En esta segunda excursión a Cazorla descubre Machado el maravilloso paisaje de esta alta Andalucía, plena de clasicismo, con sus venas románticas soterradas, y él la siente en su profunda serenidad. Las altas cumbres nevadas de sus tierras y sus profundos barrancos le inspiran muchos poemas iguales que los que escribió para encumbrar las tierras que baña el Duero, en vasto y genial poema épico «La Tierra de Alvargonzález.

A mediados del año 1917, Machado va a recorrer de nuevo las tierras de sus mayores, la Baja Andalucía; es una excursión que comienza en Córdoba y terminará en Sanlúcar de Barrameda: así lo afirma Miguel Pérez Ferrero: «Antonio va al Puerto de Santa María... En lugar de regresar inmediatamente, Antonio aprovecha la visita para recorrer Andalucía la Baja. Tierras de su bisabuelo: Sanlúcar, Rota, Chipiona... con la luz tan clara y tan alegre, que da tristeza a quien no lleva dentro su misma alegría»[10]. Se va inundando, nuevamente, de efluvios del Guadalquivir, al que ve en Córdoba, *la llana y la del Romancero;* en Sevilla. donde quiere volver a visitar la casa donde nació y recordar su infancia, «pero la casa está cerrada, y el administrador no se muestra propicio a enseñársela», sin embargo, brotan de su corazón, esos elogios para la ciudad que le vio nacer:

---

[10] *Op. cit.*

...Sevilla, marinera
y labradora, que tiene
hinchada, hacia el mar, la vela...

y llega hasta Sanlúcar, donde el Guadalquivir, en ósculo poético, se funde con la mar; y con acento de romance, le pregunta al gran río, ya en el final de su recorrido:

Como yo, cerca del mar,
río de barro salobre,
¿sueñas con tu manantial?

Después de su emocionante recorrido por estas tierras sureñas de Córdoba, Sevilla y Cádiz, donde el poeta se hace geógrafo delicado, vuelve a Baeza, donde escribe sus *Apuntes para una Geografía emotiva de España,* en los que nuevamente evoca al Guadalquivir, fluyendo por aquellas tierras. Estos poemas nacieron también, después de haber ido el poeta a la fuentes del río, ya que del primero de ellos existe una versión distinta, autógrafa, fechada en 1919, y que la insigne novelista Concha Espina publicó en su interesante y polémico libro *De Antonio Machado a su grande y secreto amor.*

Leamos estos poemas:

I

¡Torreperogil!
¡Quién fuera una torre,
torre del campo del Guadalquivir!

La versión que Concha Espina publicó de este poema es la siguiente:

¡Torredonjimeno!
¡Torreperogil!
¡Quién se quedara hecho torre,
cerca del Guadalquivir!

«Esta versión –nuevamente recurrimos a F. Lapuerta y A. Navarrete[11]– a nuestro juicio más bella que la incluida en las *Obras Completas,* fue modificada por el poeta, tal vez en un afán de exactitud geográfica, ya que Torredonjimeno no está situado, como Terreperogil, junto al valle del Guadalquivir, sino un poco más al sur, sin que desde el pueblo se divise el valle».

En la canción que en las *Obras Completas* lleva el número romano VII, se hace nueva alusión al Guadalquivir con claro estilo lorquiano y un marcado acento descriptivo, perfilado *A la manera de Juan de Mairena:*

Lejos, por los espartales,
más allá de los olivos,
hacia las adelfas
y los tarayes del río,
con esta luna de la madrugada,
¡Amazona gentil del campo frío!...

Machado, en Baeza, gana amigos entrañables que le distraen con sus conversaciones rurales, a veces, literarias, como la reunión que sostenía en la rebotica de don Adolfo Almazán. Aunque en Baeza le acompaña también su madre y parece que ha llegado la calma al ánimo del poeta, los recuerdos de Leonor y de Soria insisten sin cesar. Un día, nostalgia se hará verso en el poema «A José María Palacio», y en otro momento, situado frente al Guadalquivir, viendo *Los caminitos blancos / del valle y de la sierra,* exclamará en un lamento largo y desolado:

¡Ay, ya no puedo caminar con ella!

Incluso llega a superponer sus recuerdos sobre la realidad; los montes de Aznaitín, con el Moncayo; su tristeza con la imagen de Leonor:

¿No ves, Leonor, los álamos del río
con sus ramajes yertos?

---

[11] *Op. cit.*

Mira el Moncayo azul y blanco; dame
tu mano y paseemos.
Por estos campos de la tierra mía,
bordados de olivares polvorientos,
voy caminando solo,
triste, cansado, pensativo y viejo,

«No obstante la herida del poeta –concluyen A. Navarrete y F. Lapuerta–, los años de Baeza suponen en Machado un remedio a su melancolía. Escribe intensamente, se afana por la filosofía del momento; mantiene correspondencia con Unamuno y sigue el movimiento literario de España. Desde Baeza dedica versos a Rubén Darío, Azorín, Ortega..., y es en estos años, como ya hemos dicho, cuando se consolida definitivamente su enorme personalidad filosófico-poética.

Su discípulo, el poeta Rafael Laínez, dejó en la importante revista jiennense *Don Lope de Sosa,* un importante y acabado retrato del maestro de poesías, como él lo califica; leámoslo: «Entre todos los recuerdos de Baeza descuella el que conservo de mi maestro, del poeta filosófico que supo cuanto es la vida hecha de sed y dolor. Todos los días lo saludaba cuando venía de explicar a sus alumnos la diaria lección. Le saludaba reverente, pues me infundía grandísimo respeto la presencia del superhombre, cantor espiritual de *las galerías sin fondo* que en el alma existen. En su rostro, pulcramente rasurado, adivinaba el gesto melancólico y añorante de los sueños de amor que le embriagaron con mieles de cantares misteriosos, entretejidos por su maga pluma, como deben tejer las hilanderas del ensueño sus telas maravillosas... En Baeza –nido real de gavilanes– esa muerta ciudad señorial y romántica que vive de sus gloriosos recuerdos, discurre silenciosa, trabajadora y humilde la vida del poeta-filosófico. En mis pocos años no se me alcanza con todo su esplendor la grandeza de este hombre modesto, a quien de veras admiro; sin embargo, comprendo el valor de sus palabras que escuché religiosamente, como si oyera hablar al más autorizado y sublime de los hombres».

El año 1919, después de permanecer siete cursos académicos en el *Instituto Rural* de Baeza, marcha don Antonio a Segovia. Las rencillas personales del claustro de profesores, a las que siempre se mantuvo imparcial, y a la irresistible

atracción de Castilla, inducen a Machado a trasladarse. Pero de su corazón no se borrarán los días vividos en la antigua ciudad andaluza. Allí deja amigos, una mesa y una lámpara en la intimidad de su tertulia y... el amplio y fértil valle del Guadalquivir:

¡Campo de Baeza,
soñaré contigo
cuando no te vea!

Pero no termina aquí la geografía lírica y emotiva que Machado dedica al Guadalquivir; más poemas, rotundos y delicados, habría de escribir el autor de *Campos de Castilla,* al río rey y señor de Andalucía.

En este libro, y en el poema titulado «Recuerdos», escrito en elevados versos alejandrinos, fechado en el tren, camino de Soria, en abril de 1912, evoca, de nuevo, líricamente al Guadalquivir:

¡Oh Soria, cuando miro los frescos naranjales
cargados de perfume, y el campo enverdecido,
abiertos los jazmines, maduros los trigales,
azules las montañas y el olivar florido;
Guadalquivir corriendo al mar entre vergeles...

Con marcado acento becqueriano y contrastando paisajes, quizás, en la misma Sevilla, su ciudad, donde no pudo ver su casa paterna, afirmará su aguda nostalgia, en unos ambientes que él ya no conoce; así, escribe en «Los sueños dialogados»:

De aquel trozo de España, alto roquero,
las sombras de los muertos encinares,
hoy traigo a ti, Guadalquivir florido,
una mata de áspero romero.

Pero, corren los años 1926-27; años importantes en la vida literaria de Antonio Machado que juntamente, con su hermano Manuel, comienza una nueva

etapa, trascendental: la del teatro, apareciendo en escena, cada año que pasa, una importante obra teatral firmada por ambos.

Al escribir conjuntamente para el teatro, afirma Pérez Ferrero, «sus estros se funden y forman una unidad armónica, que no acusa discrepancias de forma ni de concepto».

Ellos siguen un teatro clásico, dentro de una línea dramática y melódica, conjugándose, admirablemente, el romanticismo con el modernismo, destacando siempre por un perfecto dominio del idioma, empleando, elevadamente el verso tradicional español.

Aunque los dos hermanos están separados, Antonio en Segovia y Manuel en Madrid, sin embargo, en los fines de semana, se reúnen y terminan su primera obra teatral, con la que obtienen un éxito clamoroso, triunfal: *Desdichas de la fortuna, o Julianillo Valcárcel,* estrenada en Madrid, por la gran actriz María Guerrero y su hijo, Fernando Díaz de Mendoza.

En sus obras emplean los Machado un atrayente escenario: los campos andaluces y todas sus obras, también, se ambientan en las orillas del Guadalquivir. Acertadamente escribe J. Chamorro: «Parece como si el río fuese eje diamantino de su prodigiosa máquina literaria. En sus obras teatrales se vuelve a vivir en el tejido de sueños y en la teoría de realidades de los versos de ambos hermanos. Ellos escriben con conocimiento y con verdad; con fantasía de buena ley y con observación aguda. Y como. se dice en un juicio muy acertado en la introducción de algunas de sus obras, este teatro de los Machado rezuma la quintaesencia de lo andaluz popular y aristocrático»[12].

En *Juan de Mañara,* estrenada en 1927, por Josefa Díaz y Santiago Artigas, encontramos un enjundioso romance descriptivo, con cierto sabor manriqueño, en el que el Guadalquivir hace pensar a los poetas:

Viendo esta mañana el río
entre tarayes y adelfos
correr hacia el mar, cruzando

---

[12] *Op. cit.*

dehesas y cazaderos,
por estos campos de lujo,
ancho, inútil y sereno,
pensé en mi vida. Hacia el mar
mis horas ociosas llevo
de señorito andaluz
rico, galán y torero.
Alegre porque lo dicen,
cazador que tira al vuelo
o al paso, no mal jinete,
buen bebedor y maestro
en el arte de pasar
la vida y matar el tiempo,
mimado de la fortuna
como estos campos me hicieron.

Unos de los personajes de la obra, Esteban, habla del río:

Fuimos al río. Tu yate
ya no estaba allí. Las señas
eran claras. Y a Sanlúcar
–ya más de las doce eran–.

También Beatriz, otro de los personajes, dice angustiada, este verso sentencioso:

Con ella por el sombrío
campo te vi cabalgar
hasta la orilla del río.
Quise y no pude gritar.

Mientras los dos hermanos siguen triunfando en la escena española, afirma Pérez Ferrero, «escriben la más fina, acaso, de todas sus producciones teatrales. a la que ponen por título *Las adelfas* que con ser, tal vez, la más lograda obra

teatral de los poetas, los resultados del estreno y las representaciones que siguieron no compensaron sus méritos. La cortés acogida no era, evidentemente, la recepción que correspondía a la obra».

Las adelfas, estrenada en 1928, es la comedia machadiana más vinculada al Guadalquivir. Es esta comedia una verdadera estampa de la más pura Andalucía; en ella se rezuma el sabor campero y sus autores demuestran un gran conocimiento del paisaje que baña el Guadalquivir. Leamos el párrafo de situación del tercer acto:

«El horizonte de esta decoración debe estar muchísimo más alto de lo que acostumbran a ponerlo los pintores escenógrafos. Por encima de los macizos de adelfas ya citados se debe ver una gran extensión de campo –toda ella pintada en la decoración del fondo– con el adelfar, que se pierde a lo lejos, acompañando siempre la cinta de plata del río, y diseminados aquí y allá pueblecilios de la campiña de Córdoba. A la derecha del espectador, y ocupado próximamente el tercio de la decoración del fondo, se verá la casa –no de frente–, con grandes ventanas, que en el momento de llegar la noche deben iluminarse. El cielo en ese momento debe tener un color azul oscuro muy intenso y en él brillan las estrellas. Es una noche de pleno verano. Como es precisamente la noche de San Juan, se deben ver las tradicionales hogueras, diseminadas por el campo. Finalmente, sobre el macizo de la izquierda se verá un trozo de laguna, misterioso y sombrío. En el fondo de esta glorieta se pondrá un banco».

Perfecto escenario bajoandaluz, bañado por el Guadalquivir, en la misma campiña cordobesa, donde los Machado sitúan la acción de su obra; aquí, los poetas hacen una marcada concesión al sentido popular de esa Andalucía romántica, de centelleos deslumbrantes.

Preciosa es esta composición consonantada, marcadamente descriptiva, donde aparece un juego de colores, como en el arcoiris:

Vea usted: verdecito el llano
porque es prado; azul el río;
amarillos los trigales;
bermejos los naranjales,
y cándido el caserío.

El mayor éxito como autores dramáticos, lo obtienen los Machado en 1929, con su importante comedia *La Lola se va a los puertos,* estrenada en el madrileño teatro de Fontalba, y cuyo papel principal lo encarnó la genial actriz Lola Membrives.

La Lola se va a los puertos –como acertadamente escribió M. Pérez Ferrero[13]– es la comedia de la Andalucía del cante hondo, con un localismo que, en lugar de limitar su vuelo, la universaliza, pero sin hallarse en ningún momento sobrecargada de pintoresquismo, ni de esos tintes de *españolada* que facilitan la exportación o, cuando menos, una circulación más amplia.

«Es *La Lola se va a los puertos* la exaltación de la Andalucía que canta y que llora, que pena de amor y que goza con su propia belleza. Es, en definitiva. la expresión escenificada de un cantar andaluz, *hondo,* emitido con el acento justo para conmover sin sensiblero desbordamiento».

El río, el eterno y lírico Guadalquivir, no podía faltar en esta obra, quintaesencia de la más pura Andalucía, y aparece como testigo y referencia de los actos de los personajes. Lola, la protagonista principal, ensalza al río, en este sentido romance, de tono inquisitivo:

... Y brotan
en el pecho de la gente
cuando ríe o cuando llora.
El caso es saber sentir;
lo demás tiene muy poca
importancia. ¿Usted no ha visto,
en la Sierra de Cazorla,
nacer el Guadalquivir
entre piedras, gota a gota?
Pues así nace un cantar,
como el río y baja a Córdoba
y a Sevilla hasta perderse
en la mar tan grande y honda.

[13] *Op. cit.*

El gracioso Heredia, típico personaje andaluz, anima a don Pepito que se pasee por las orillas del Betis, que, de seguro, le inspirará sus mejores coplas:

Don Pepito, oígame usté:
está la noche serena.
Dése usté una vueltecita
del Betis por la ribera;
y ya que hizo usté una copla
regular, haga una buena.

Otras obras teatrales estrenarán los Machado en el curso de los años 1930-31: *La prima Fernanda,* y *La Duquesa de Benamejí* hasta la última que firmaron juntos, y que ya no pudo ver Antonio, que había muerto: *El hombre que murió en la guerra,* estrenada en el Teatro Español, encarnando el principal personaje el gran actor Ricardo Calvo, el más constante y leal amigo de los hermanos Machado.

Mas, sigamos buscando al Guadalquivir en la profunda obra pórtica de Antonio; en su libro *Nuevas Canciones* (1917-1930). entre los breves y certeros poemas titulados *Apuntes,* describe el poeta al Guadalquivir a su paso por Córdoba *la llana;* a Machado le atrae la visión fascinadora de la ciudad junto al río:

VIII

¡La del Romancero,
Córdoba la llana!...
Guadalquivir hace vega,
el campo relincha y brama.

Y en las poemas denominados *Galerías,* en el señalado con el número romano II, dibuja el poeta un paisaje fuertemente andaluz, bañado por el Guadalquivir:

II

El monte azul, el río, las erectas
varas cobrizas de los finos álamos,
y el blanco del almendro en la colina,
¡oh nieve en flor y mariposa en árbol!
Con el aroma del habar, el viento
corre en la alegre soledad del campo.

También en *Canciones de Tierras Altas* evoca Machado al Guadalquivir, desde la alta meseta castellana; leamos este breve romancillo irregular:

Soria de montes azules
y de yermos de violeta,
¡cuantas veces te he soñado
en esta florida vega
por donde se va
entre naranjos de oro,
Guadalquivir a la mar.

Y en sus *Proverbios y Cantares,* tan fiolosóficos y certeros, alude nuevamente al Guadalquivir, con claro sentido nostálgico y manriqueño:

¿Cuál es la verdad? ¿El río
que fluye y pasa
donde el barco y el barquero
son también ondar de agua?
¿O este soñar del marino
siempre con ribera y anda?

En el *Cancionero apócrifo* incluye Machado sus bellísimas y profundas *Canciones a Guiomar,* nombre misterioso que fue el último gran amor del poeta: el que endulzó los últimos años de su agria existencia; el poeta sueña a su amor en un alto jardín cerrado, sobre el Guadalquivir:

En un jardín te he soñado
alto, Guiomar, sobre el río,
jardín de un tiempo cerrado
con verjas de hierro frío.

Sin embargo, a pesar de su honda tristeza, Machado es un poeta andaluz, sureño, y, a veces, el hálito de la alegría de su tierra le contagia y se sube hasta su garganta, haciéndole decir y escribir estas canciones, plenas de belleza y de marcado acento popular; ya el poeta se va acercando, en su geografía lírica y sentimental, a Sanlúcar de Barrameda, y la gracia salada de esta tierra hace decir al poeta, entre doradas copas de manzanilla:

Las cañas de Sanlúcar
me gustan a mí
porque me quitan las penas.
Échame un ferrocarril.

Manzanilla en el barco
jugo de la tierra,
que va mareando.

Antonio Machado, como Arguijo, Herrera, Lope de Vega, Góngora, Bécquer, Campillo, García Lorca, Gerardo Diego, Concha Lagos y tantos y tantos poetas que han visto, o mejor, han vivido, ese momento sublime en que el Guadalquivir se funde, se abraza, en ósculo celeste y misterioso, con la mar, allá, en Bonanza..., queda absorto, contemplativo, extasiado, fuera de la realidad. Solamente los hondos ecos de una guitarra lejana han despertado al poeta, lo han sacado de su arrobamiento, y él, abriendo su grande y poético corazón, canta a Sanlúcar y al Guadalquivir en estas sentidas y profundas coplas, con dejos de *soleá:*

Una noche de verano
en la playa de Sanlúcar,
oí una voz que cantaba:
antes que salga la luna.

Antes que salga la luna,
a la vera de la mar,
dos palabritas a solas
contigo tengo que hablar.

¡Playa de Sanlúcar,
noche de verano,
copla solitaria
junto al mar amargo!

¡A la orillita del agua,
por donde nadie nos vea
antes que la luna salga!

DANIEL PINEDA NOVO

(*Boletín del Instituto de Estudios Giennenses,* XVI, 66, octubre-diciembre de 1970)